



ANTE LA NIEBLA, MELANCOLICA PERO FUERTE, DE SU ULTIMO CUADRO, JUAN MANUEL DE LA COLINA. SUS FIGURAS SE HACEN YA MENOS TENUES.

SUS facciones son mentirosamente duras. Mentirosamente, porque bastan dos minutos de charla para descubrir su verdadera sencillez alfombrada de buen humor. Su nombre es Juan Manuel de la Colina, y es pintor. En julio cumplirá cincuenta años. Es hijo de un diplomático peruano; nació en España y durante todo ese medio siglo ha vivido en lugares tan disimiles como Melbourne y Nueva Orléans, como París y Lima.

Todo eso se puede relatar en un solo párrafo. Se pueden también mencionar los grandes éxitos en los mayores centros artísticos del mundo —no basados, por cierto, en aquella rama snob de la pintura fácil, sino en el estricto y severo camino autotrazado, que recorre el país de la temporal impopularidad— y sus épocas de glorioso ramassage, viviendo de la recolección de periódicos viejos.

Y son los problemitas aparentemente pequeños los que inventan arrugas en el rostro más optimista. Sentirse ciudadano del mundo sin dejar de sentirse peruano, educar en castellano a una hija francesa o en francés a una hija peruana, ambas la misma persona. Pasarlas negras en muchos sentidos, como ambicionan románticamente todos los postulantes a genio hasta que realmente pasan sus primeras 48 horas viviendo de un kilométrico pan *baguette* y medio litro de espeso tinto.

Tampoco es raro que el estilo de este pintor, a quien se puede calificar —sin ruborizarse— de excelente, haya cambiado, tanteando durante décadas y dejando a su paso muestras de alta calidad que pueden identificarse con variadas escuelas. Pero donde realmente comienza el misterio, donde verdaderamente hay que pisar muy fino y cuidarse de las huecas rimbombancias que esconden la confusa desnudez del crítico es al hablar del estilo actual de Juan Manuel de la Colina.

Desde que en el primer número de la revista "Fanal" quedaron impresas la fuerza y la promesa de sus trazos negros, bañados en color, desde que —de niño— arrojara a su hermano de la habitación común hasta terminar el dibujo que estaba realizando de la Colina fue escalando. Actualmente ha llegado a una versión pictórica de la desintegración del átomo.

Esencialmente utiliza ocre y grises. Sus telas, a primera vista, son concentraciones semidiluidas de pigmento que en determinados lugares adquieren mayor profundidad. Pero de pronto se descubre una figura, una cara, profunda y definitivamente fantasmal. En sus últimos cuadros, realizados en diversos matices de gris que llegan a palpar el negro, siluetas, envueltas en una niebla imposible, juegan a la vida y a la supervivencia. Son estas obras las que concitaron la profunda atención de la crítica internacional. De pronto, un pintor se ubica fuera de las escuelas y encuentra su propio sendero hacia el arte moderno, paralelo, si se quiere, a las autopistas pop, op y neo-ésto o neo-aquello.

Claro que uno vacila, un poco por autorrespeto y otro poco por temor a la huachafería, antes de calificar de "genio" a un hombre tan simpático y tan modesto como de la Colina. Esa clase de definiciones, subjetivas siempre, pertenecen a un repertorio del que se ha abusado demasiado. Pero tampoco es posible regatear a un laborioso visionario el fruto de su sensibilidad y de su sudor. Sus cuadros son temibles, transparentes; son abstractos y concretos, modernos y perennes, burlones y horribles. Está en ellos visible la más fundamental molécula del hombre. Su impersonal silueta, su igualdad en la enajenación se recortan sobre la niebla de un mundo sin puntos de referencia.

En otras palabras, son nuestro retrato en el mundo de hoy.

Escribe: José B. Adolph.

RETRATO DE LA ENAJENACION

ANTERIORMENTE, EL PIGMENTO APENAS SI INSINUABA CONCRECION DE CARAS DIABOLICAS.

